

Queja portuguesa

Juan Gérvas

Médico general. Equipo CESCA. Madrid

CULTURA DE LA QUEJA

Dicen que las circunstancias mandan. Dicen que hay que hacer de tripas corazón. Dicen que nadie regala nada. Dicen que el que no llora no mama. Dicen que dicen que el hombre refranero es hombre majadero. Y puede ser cierto, y por ello no nos deberíamos quedar en el mundo cerrado, hecho y seguro de los refranes, sino aceptar la incertidumbre del mundo abierto, por hacer e incierto. Este levantar la vista para vislumbrar el horizonte y perseguir la quimera de la mejora es una actitud que honra al que la tiene. ¡Lástima que sea actitud infrecuente!

—¡Caray! ¡Te ha salido la vena poética!

—Quizá, pero no me sale la poesía porque sí, sino para hacer más suaves mis palabras.

—¿Vas a ser duro?

—Voy a hablar en contra de lo que se suele aceptar como “normal”.

—¿Otra vez fuera del rebaño?

—Otra vez oveja negra, que es peor.

—¿Peor?

—Sí, pues fuera del rebaño al menos puedes hacer de tu capa un sayo, pero de oveja negra dentro del rebaño siempre estás expuesto al rechazo manifiesto.

—¡No te hagas el mártir!

—No me lo hago, no. Pero calla y lee, por favor.

—En ello estoy.

—¡No te callarás ni bajo el agua!

—Vale, me callo...

Lo que se lleva es quejarse de todo, especialmente de los que mandan. Da la impresión de que nosotros somos los buenos y ellos los malos. Los médicos generales somos unos angelitos siempre dispuestos a hacer el bien, siempre sacrificados por el paciente, siempre entregados sin límites. Los jefes son lo opuesto, verdaderos demonios

entregados al disfrute de vernos trabajar mal por consecuencia de sus decisiones; son seres perversos que gozan con nuestro mal. ¿Que llegamos tarde, nos vamos temprano y tomamos café, mucho café? Se lo merecen los jefes. Es lo que sospechan que hacemos, de forma que no pasa nada por cumplir el vaticinio. “Además, ¡para lo que nos pagan!” “Demasiado que no nos damos de baja, ¡hombre!, y como esto siga así eso será lo que debamos hacer”. No se dicen cosas así, claro, pero se practican cosas así. No por la mayoría, por supuesto, pero sí por los vagos y maleantes que se benefician de la colusión de intereses negativos en el seno de los equipos de atención primaria. El ejemplo de estos vagos y maleantes sí que es pernicioso; su crítica continua, su queja sin consuelo, su afán destructor mata la ilusión de la mayoría. En lugar de sumar energías para ejercer la ética de la negativa con los jefes, para oponernos con firmeza y con trabajo digno, los vagos y maleantes nos arrastran con su queja, con su salmodia envolvente, y nos convertimos en coro de sus cánticos de desánimo y pérdida de la autoestima. Todo se vuelve queja y argumentación crítica vacía.

No es que los jefes hagan las cosas bien, pero muchas veces las culpas las compartimos con ellos, y el resultado final descarga sobre los pacientes. Los jefes ayudan con sus decisiones a quemarnos, pero mucho del fuego lo podríamos apagar con sólo renunciar a la cultura de la queja. Por ejemplo, es indigno que disminuya el porcentaje del presupuesto destinado a primaria año tras año. Es indigno que nos quiten a los niños y ahora a los adolescentes a los médicos generales. Es indigno que nos quiten potestad y libertad clínica en las bajas laborales. Es indigno que todo se resuelva fuera de nuestras manos, incluso la respuesta a la gripe A. Indignidad tras indignidad

que no se resuelve con la queja, sino con dignidad. Los gerentes y políticos no tienen que enfrentarse a un frente homogéneo de médicos generales con autonomía profesional y valentía, sino a un coro lamentable de quejas interminables. Los gerentes y políticos tienen todas las de ganar, y es cierto que hacen y deshacen a voluntad. Con su estulticia nos llevan a más cultura de la queja. Y en la cultura de la queja nos asfixiamos y ahogamos.

¡Salgamos de tal lodazal, que la condena nos la hemos auto-impuesto!

PORTUGAL

Tenemos 1.214 km de frontera con Portugal, pero tantos kilómetros parecen desunirnos en lugar de mezclarnos. Dicen en Portugal que “del oeste, ni buen viento ni buen casamiento”, y nosotros parecemos responder a ello con el ninguneo típico hispánico, como si Portugal ni siquiera existiese. Pero existe. Tiene más de once millones de habitantes. Y su idioma lo hablan más de 240 millones de personas. ¿Por qué ignorarnos? En lo que se refiere a la sanidad es igual que en todo lo demás. Buen ejemplo es la falta de *lectura mutua*.

—¿Cómo quieres que lea en portugués si no lo entiendo?

—¿Lo has intentado?

—No.

—Pues eso, inténtalo. El portugués comparte raíz con el español. Y sobre todo el portugués científico es extremadamente fácil de comprender. Aparte de que valdría la pena leer en su idioma a Pessoa, por ejemplo.

—¿Tú lees portugués?

—Sí, por supuesto. De hecho soy incluso miembro del Comité Editorial de la Revista Portuguesa de Clínica Geral (de los médicos generales y de familia).

—¡Qué barbaridad!

—¡A ver qué te crees tú!

Se demuestra la ignorancia mutua y la ausencia de lectura recíproca en la falta de citas. Es decir, en las revistas españolas no se hace referencia a publicaciones portuguesas y viceversa. Lo gracioso es que en las revistas españolas y portuguesas se hacen referencias de continuo a casi los mismos trabajos publicados en revistas inglesas y estadounidenses. Es decir, nos miramos en el espejo lejano, e ignoramos al prójimo (al “próximo”). Es poco bíblico lo que hacemos, y muy tonto. Es poco inteligente.

Pero lo seguiremos haciendo. ¡Qué par de colectivos brutos somos!

Correspondencia: jgervasc@meditex.es